

CARLOS PAREJO DELGADO

EL PAISAJE DE LOS ALCORES EN LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA

Resumen. Este artículo es una glosa geográfica de los Alcores y la Vega basada en una antología de textos de los más variados autores del último siglo y medio, además del clásico Rodrigo Caro, que versan, en particular, sobre su origen, aspecto, población, vegetación y cultivo.

Palabras clave. Alcores / Cultivo / Poblamiento / Vega / Vegetación.

Abstract. This paper is a geographical gloss of the Alcores and The Vega based on an anthology of texts from various authors of the last century and a half, as well as, the classical author Rodrigo Caro. The texts deal with the origin, landscape, inhabitants, plants and crops of this territory.

Keywords. Alcores / Crops / Inhabitants / Plants / Vega.

EL ALCOR.

1. Viniendo desde Córdoba, la comarca de los Alcores aparece en la lejanía como un acantilado desde donde oteamos el inmenso mar de secano de su vega; acantilado escoltado por sus ciudades fortalezas a ambos extremos:

“El Alcor, diminuta cordillera que se extiende desde Alcalá de Guadaíra hasta Carmona, rectilínea y cubierta de olivos y huertos, aparece dominada en sus extremos por las importantes fortalezas de esas ciudades, que quedan como recuerdo de la dominación musulmana.”

BLÁZQUEZ, Antonio. *Península Ibérica*. Sucesores de Juan Gil. Barcelona. 1921.

“El Alcor, nombre de origen árabe, es una cadena de cerros que se extiende de NE a SO, separando una inmensa vega de trigo del glorioso valle del Guadalquivir, cubierto de olivares. En estas alturas se encuentran cuatro pueblos cercanos, con interesantes ruinas de alcázares, castillos, torres y murallas almenaras, elocuentes testimonios del empeño que hubo en todo tiempo en proteger este territorio.”

BONSOR, Jorge. “Carmona y los castillos de los Alcores”. En *Unión Ibero Americana. Libro de Oro Ibero Americano. Catálogo Oficial y Monumental de la Exposición de Sevilla*. Sevilla. 1929.

Este acantilado da lugar a una comarca natural que, a lo largo de veinticinco kilómetros, cruza de norte a sur el Valle del Guadalquivir; y solamente es interrumpido por algunos pasos naturales donde se asientan los núcleos urbanos.

2. Su origen se pierde en la más remota antigüedad, cuando una serie de movimientos tectónicos elevaron un conjunto de rocas de gran dureza (las calcoarenitas), depositadas anteriormente en el fondo del brazo marino que era entonces el Valle del Guadalquivir.

“Alcor” significa en árabe “elevación aislada”, y tal carácter tiene cuando destaca bruscamente de la Vega, por el violento escarpe que la separa de la misma. Sin embargo, como veremos, Alcor y Vega han sido los dos espacios complementarios de una misma comarca humana.

3. A vuelo de pájaro, el Alcor es una meseta alargada con cierto aire mesopotámico, por su posición entre varios ríos principales que surcan la campiña sevillana:

“El Alcor es la pétrea espina dorsal que articula una disposición geométrica del paisaje, haciéndonos soñar con una mesopotámica hética, que enmarcan el recorrido de sus tres arterias fluviales: el Guadaira, el Corbones y el antiguo Betis.”

MAIER, Jorge. “De lo pintoresco a la modernidad. Una aproximación al descubrimiento del paisaje de Los Alcores”. Boletín *Fidas (Fundación para la investigación y difusión de la arquitectura, Sevilla)*. Número 28. Sevilla. 2001.

4. Sin embargo, su imagen más clásica es la que se observa desde la Vega, cuando el “Alcor” es una abrupta escarpadura de rugoso relieve que presenta síntomas de envejecimiento y desgaste:

“El Alcor es como un hojaldre que continuamente se desmigaja por la acción de la lluvia, los corrimientos y temblores de tierra... viniendo por la carretera que cruza la vega, mimetizada con los quiebrós y desniveles del terreno los farallones del alcor se ven agujereados por numerosas covachas...”

“Se trata de una meseta con un violento contraste con la llanura que se extiende a sus pies, un gigantesco escalón que se forma frente a ella, cuyos bordes están quebrados por grietas, cortes, desplomes; los flancos agujereados por cavidades que no llegan a ser cuevas y cuevas poco profundas; mordiscos, zarpazos; migas de un enorme pan de piedra... En algunos lugares las paredes rocosas con casi verticales, como si se tratase de una muralla tan extraordinariamente vieja que sus ruinas se confunden con el propio terreno...”

CALVO LAULA, Antonio y FERNÁNDEZ LACOMBA, Juan. “Introducción”. En *Carmona, Ciudad y monumentos*. S & C Ediciones. Carmona. Sevilla. 1993.

“La cadena de rocas que forman los alcores... semejantes a un arrecife en el mar... murallas naturales que presentan de trecho en trecho hendiduras o ángulos entrantes, que llamaremos bahías, siguiendo la comparación con el mar, por la que bajan un arroyo y un camino, a través de una vegetación más lozana que en otras partes.”

BONSOR, Jorge. “Memoria-informe sobre la excursión al túmulo de Alcaudete”. En *Memorias de la Sociedad arqueológica de Carmona*. Carmona. 1887.

Su relieve aislado y abrupto aporta diversidad a la monotonía de la campiña que le rodea:

“Los bordes amarillos de Los Alcores liberan de la adormilada monotonía de la campiña, son como remedos de siluetas montañosas a ras de trigos y maízales.”

REQUENA BARRERA, José María. “Alrededores”. *Revista Carmona y su Virgen de Gracia*. Carmona. 1993.

▼
Los Alcores desde la Vega (foto: Sodecar).



5. Tiene el “Alcor” una naturaleza dual. Por un lado de terraza y, por otro, de mirador. Antiguamente impresionaría a las tropas enemigas la perspectiva de sus ciudades-fortalezas, que se mostraban enclavadas en lo alto de la terraza alcoreña, aparentemente inexpugnables:

“En la Edad Media los farallones y colinas de los Alcores ofrecieron a los cristianos una poderosa línea de defensa natural contra los musulmanes del reino de Ronda y de Granada los que, en repetidas ocasiones, intentaron penetrar para apoderarse de la Vega. Fue en esta época cuando en el filo del Alcor, a medio camino entre las ciudades fortificadas, se erigieron numerosas torres de refugio donde, en el caso de verse perseguidos o cogidos por sorpresa, los centinelas de los puertos podían encerrarse y defenderse... Alcaudete, Santa Lucía, Gandul.”

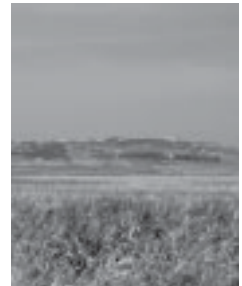
BONSOR, Jorge. *Les colonies agricoles pré-romains de la Vallée du Bétis*. Ernest Leroux, éditeur. Paris. 1899.

Hoy predomina su naturaleza de pacífico mirador de los dilatados paisajes de la Vega del Guadalquivir, y se están abriendo parques y corredores verdes para disfrutar del mismo por la ciudadanía.

6. En las verticales paredes de este acantilado se han refugiado la vegetación y el poblamiento más primitivo. Así, en estas escarpaduras encontramos las raras manchas que aún se conservan del bosque original que cubriría antiguamente el Alcor (acebuches y encinas) y de los lentiscales y otros matorrales que los acompañan. Tienen, pues, una clara vocación ganadera, si bien también hay dehesas con algunos cotos de caza o dedicadas al pasto de ganaderías bravas. Este tranquilo ambiente sólo se ve interrumpido hoy día, ocasionalmente, por modernos deportistas de aventura, que usan sus pendientes como lanzaderas de vuelos libres y territorio de práctica de la escalada. De hecho, el Alcor es un baluarte de brisas que circunvalan la cornisa:

“hay un promotorio conocido con el nombre de la cabeza del Puerto Judío. Aquí la roca está cortada perpendicularmente, en una altura de quince a veinte metros; y al pie rocas enor-

▼
Carmona en lo alto del Alcor (foto: Sodocar).



mes, que parecen precipitarse hacia nosotros, disputan el sitio a la higuera, el acebuche, el chaparro, el lentisco y el algarrobo. Es una verdadera lucha entre el árbol y la piedra. El primero se retuerce y toma expresiones casi humanas. Si por un lado sucumbe bajo el peso de un peñasco, por otro se levanta victorioso, después de despedazarlo con sus poderosas raíces. Algunas rocas parecen estar rodando, y otras, detenidas en su caída por un equilibrio incomprensible sólo esperan un soplo para precipitarse sobre la vega.”

BONSOR, Jorge. “Memoria-informe sobre la excursión al túmulo de Alcaudete”. En *Memorias de la Sociedad arqueológica de Carmona*. Carmona. 1887.

“Entre la flora que compone el despavorido paisaje... crecen olivos silvestres, esto es, acebuches... lentiscos, chaparros y grandes manchas impenetrables de zarzas donde se refugiaban antaño los lobos y malhechores. A partir de 1830 este paraje comenzó a experimentar un cambio radical; fue desmontado y limpio salvo los acebuches que se respetaban por ser sus ramas injertadas con yemas de olivos mansos.”

BONSOR, Jorge. *Les colonies agricoles prè-romains de la Vallée du Bétis*. Ernest Leroux, éditeur. Paris. 1899.

7. Asimismo, en las numerosas covachas de las paredes del acantilado que forma el Alcor ha residido durante siglos la gente marginal y eremita; en ella han tenido sus viviendas y sus establos los grupos de población más humilde:

“(Tenía) allí en la cueva espaciosa de los alcores, pesebres al fondo y adorno de gitanillas y geranios a la entrada, todo el pueblo a los pies, palacio sin puertas, hermoso mirador para contemplar por agosto, más allá del hondón de... la fatigosa subida de los carros cargados de trigo.”

REQUENA BARRERA, José María. *La cuesta y otros cuentos*. Caja Rural Provincial de Sevilla. Sevilla. 1980.

“De chaval acudiste en grupo al cerro amarillento, donde Tragatizne tenía su covacha inmunda. En plan de puerta, frente al calor y el frío, un ancho retazo de lona dura, bajo la torcida

mueca de la arcada. Delante, como una débil defensa contra la barranquera, dos o tres pitas mal arraigadas y unas cuantas macetas rotas, sin vestigios de raíces, y menos de hojas... cueva donde tan fieramente malvivía, no todo lo lejos del pueblo como quisiera, porque necesitaba sobrevivir en la descarga diaria de la escombrera y en los malolientes aledaños del matadero”

REQUENA BARRERA, José María. *Etapas fin de sueño*. Castillejo Narrativa. Sevilla. 1993.

Hoy día, desde las cuevas, mayormente abandonadas, es todavía posible contemplar y extasiarse con el paisaje de los alrededores y el devenir de la fauna silvestre del escarpe:

“Cuando cae la tarde se capta el rumoroso silencio de las estrellas, la inmensidad inaprensible del firmamento y el majestuoso vuelo de las rapaces que decretan el estado de sitio en la infantería menor de gorriones, ratones y conejos... Al llegar la noche... destilan el frescor natural de sus entrañas... las horas pasan acompasadas con el chasquido anunciador de los murciélagos y la declaración monocorde de lechuzas y mochuelos.”

MONTERO ALCAIDE, Antonio. “Cuevas”. Revista *Carmona y su Virgen de Gracia*. Carmona. 1998.

8. Otra de las primeras impresiones del “Alcor” es la de sus brillantes tonos amarillos, casi de un esplendor solar. El carácter alegre de esta tierra la ha convertido en cobertura imprescindible de los escenarios de ritos y ocios de la Baja Andalucía, desde jardines y patios de cortijos a cosos taurinos:

“No hay más colores en el Alcor que el blanco y el amarillo. Blanco de la cal, amarillo del alcor, con delicadas gradaciones hacia el pardo verduzco o el rojo. Amarillos más intensos del albero, arena del alcor, cuyo esplendor solar cubre ruedos taurinos, jardines, plazas, como si se tratase de la alfombra que delimita el espacio de los ritos y los ocios...”

FERNÁNDEZ LACOMBA, Juan y CALVO LAULA, Antonio. *In Vandalia Carmona*. Diputación de Sevilla. Sevilla. 1997.

9. El Alcor también ha tenido otras cualidades favorables como lugar preferente para habitar: está mejor ventilado, es más luminoso y no se encharca con las lluvias como sucede a las tierras bajas de la Vega:

“El mairenero es del Alcor; no le gusta vivir sobre la baja tierra negra que al llover produce fango. Prefiere la arenisca que no da pergaña, que devuelve de noche el color del día...”

HALCÓN, Manuel. “Mairena y su vega”. En *Narraciones*. Imprenta Rivadeneyra. Madrid. 1959.

10. El Alcor es una tierra porosa, donde el agua está siempre próxima al lugar de habitación, para ser bebida, o para regar los campos cercanos:

“El Alcor tiene la propiedad de retener la humedad mucho tiempo. Es una roca engastada en un muro que puede sudar durante años el agua que ha absorbido... Sus habitantes han horadado la roca en busca de las preciosas minas de aguas que los abastezcan, sin derroches, durante siglos.”

FERNÁNDEZ LACOMBA, Juan y CALVO LAULA, Antonio. In *Vandalia Carmona*. Diputación de Sevilla. Sevilla. 1997.

11. En este sentido, el “Alcor” ha sido particularmente querido por su paisaje vinculado al agua: sus frondosas e idílicas huertas, antaño más abundantes, y sus minas, pozos, fuentes y manantiales.

Desde la Edad Media se ha ido formando este paisaje rural. Existen suficientes indicios para conjeturar que los primitivos bosques de acebuches que cubrirían el Alcor fueron injertados para olivares en los terrenos de secano, mientras que allí donde había aguas subterráneas relativamente próximas a la superficie se crearon huertas. Huertas que -en tiempos árabes- también estaban dedicadas a moreras para la cría de la seda, y en las que no sólo se cultivaban naranjos y otros frutales, tal como ahora se las distingue:

“El Alcor es tierra que es piedra, esa piedra que es arena y que tanto ama el mairenero. Más que la otra, más que a la

negra, más que a la vega. A la tierra de vega se la codicia, se la adquiere si es posible para labrarla y hacerla rendir sin piedad. Pero el amor del mairenero se vierte sobre la región alta del término, sobre esta tierra caliente y pobre que se niega al cereal, pero que reserva toda su gracia característica para el sabor de la naranja.”

HALCÓN, Manuel. “Mairena y su vega”. En *Narraciones*. Imprenta Rivadeneyra. Madrid. 1959.

12. Sea como fuere, en las huertas se ha llegado a desarrollar una verdadera arquitectura del agua. Esta es conducida, desde que se extrae de las minas subterráneas (mediante pozos) o sale libremente (por manantiales y fuentes), a través de los conjuntos formados por las norias, los pilones y los canalillos; de ahí se dirige hasta la alberca, que distribuye el agua a las acequias y las pequeñas parcelas cultivadas; y de nuevo a través de pilares y abrevaderos se evacua hasta desaguar en el llano.

Este afanoso trabajo de domesticación del agua se ha compensado por los rendimientos económicos, en forma de abundantes cosechas de frutas y hortalizas. Pero además, la huerta aporta durante el día a sus habitantes las sensaciones más gratas del entorno: los sonidos agradables del agua circulante, el frescor de las sombras originadas por las tupidas arboledas y, en suma, una relajante sensación de paz y bienestar:

“Ahora piensa en la rugosa hilera de perales nuevos y en la anchura obediente de las acequias. Pero, sobre todo, se siente feliz representándose la estampa de la gran higuera, cuánto poderío en sus ramas, en sus espléndidas hojas... cuánta paz se siente en esa sombra que vale por quince o veinte sombras de árboles corrientes, más de cien años ahí, mirándose presumida en el agua de la alberca... Ese mundo, con su jaleo de alas de palomar por dentro, la señalera definitiva del mástín viejo, las ubres rosadas y calientes del par de vacas, los dos borricos, y el pozo, misterio de mi niñez, con la ronca voz mojada de sus ecos y, ya de mayor, una hondura negra a la que resulta horrible asomarse en las horas torcidas, cuando el anochecer de la huerta parece que te mira”

REQUENA BARRERA, José María. *Etapa fin de sueño*. Castillejo Narrativa. Sevilla. 1993.

Por ello, la huerta familiar fue el lugar preferido por los habitantes de esta comarca para descansar y bañarse en verano, antes de ser sustituida por las piscinas municipales y de las urbanizaciones privadas:

“Era común pasar el domingo en una concurrida alberca hortelana, donde también se bañaban los melones para que refrescaran el almuerzo.”

MONTERO ALCAIDE, Antonio. *Tinta Visible*. Ediciones Guadalquivir. Sevilla. 1997.

“Las huertas, el verdor y la sombra de la sorpresa y la aventura, la cadencia un tanto poética de las norias, el incitante juego de la fruta prohibida, del agua, el renunciar a la prisa en la modorra del mediodía de verano, a la orilla de la alberca techada por una gran higuera.”

REQUENA BARRERA, José María. “Alrededores”. *Revista Carmona y su Virgen de Gracia*. Carmona. 1993.

13. Funciona todo el “Alcor” como una escalera acuática subterránea por la que el agua filtrada por la lluvia circula secretamente (y entonces se extrae mediante pozos de sus minas), o rezuma lentamente, dando lugar a abundantes manantiales y fuentes. Existe una relación íntima y peculiar del alcoreño con el líquido elemento:

“El agua viene de los hondones de la tierra y trae consigo el sabor de las sombras que nunca conocerán el sol, un sabor que no sabe a nada... ese sabor del agua es el mismo sabor que el silencio tendría, si es que el silencio pudiera deberse.”

REQUENA BARRERA, José María. *Etapas fin de sueño*. Castillejo Narrativa. Sevilla. 1993.

“por la dificultad de su construcción o porque las minas (de agua) no son abundantes y los pozos son compartidos en medianería, han acabado convirtiéndose en vínculos de vecindad... El pozo era, antes de la introducción del motor, como un ser vivo; se hablaba de su salud cambiante como de un miembro más de la familia, con satisfacción cuando estaba

bien cebado y con preocupación cuando enflaquecía. Se echaban a veces galápagos dentro para mantenerlo saludable; el Tío Martinito era el espectro habitante de los pozos, sobre el que siempre había historias de niños caídos, suicidios, pérdida de objetos... No es de extrañar, por eso, la costumbre de cristianizarlos, rematando el soporte de la polea con una cruz de hierro forjado, como si se tratase de una llave que cierra el paso entre el mundo subterráneo y el mundo de la luz.”

CALVO LAULA, Antonio y FERNÁNDEZ LACOMBA, Juan. “Introducción”. En *Carmona, Ciudad y monumentos*. S & C Ediciones. Carmona. Sevilla. 1993.

14. Con esta agua se han construido numerosos plantíos de arboleda y huerta, y se han movido también infinidad de molinos harineros y de aceite antes de que se generalizase el uso de la electricidad. Estos eran especialmente frecuentes en los “puertos” que bajan de los Alcores a la Vega, como el de Alcaudete:

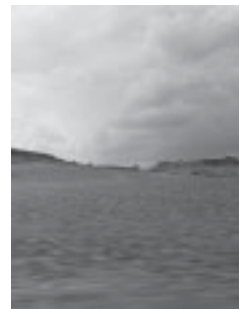
“El puerto de Alcaudete, el primero y tal vez el más hermoso de Los Alcores, está regado por un arroyo de agua clara que, cayendo a la llanura, mueve en su curso las ruedas de cuatro molinos, surte un abrevadero y atraviesa una huerta poblada de naranjos, de la que sale para perderse en la Vega, dejando tras de sí una franja verde que desaparece con la última gota.”

BONSOR, Jorge. “Memoria-informe sobre la excursión al túmulo de Alcaudete”. En *Memorias de la Sociedad arqueológica de Carmona*. Carmona. 1887.

15. Las pinedas del Alcor constituyen también paisajes especialmente apreciados por sus habitantes, en un medio rural intensamente cultivado y escaso en arboledas para el ocio y el esparcimiento:

“se sintió cruzado por un escalofrío de recuerdos de niño en el pinar; cacería de lagartos a pedradas, pegajosas y arañadas las rodillas en la tiesa cucaña de los troncos que llevan hasta las duras piñas piñoneras, y las candelitas aquellas de los hoyos, mientras escuchaban los silbidos del viento, acurrucados en el refugio improvisado con ramajes bajo los primeros goterones del chaparrón.”

▼
Puerto de Alcaudete
(foto: Sodecar).



REQUENA BARRERA, José María. *La cuesta y otros cuentos*. Caja Rural Provincial de Sevilla. Sevilla. 1980.

16. Finalmente, decir que los pueblos situados en lo alto del Alcor, aun siendo mayormente agrícolas hasta hace poco años, se han diseñado de tal manera que parecen como “ajenos” a la vida del campo que acontece en su vega más cercana:

“Carmona como es población de altiva y orgullosa naturaleza, apenas si aprovecha su preponderancia para volcarse en contemplaciones sobre el paisaje que tan rotundamente domina. Obsesa quizás con la trascendencia de sus anchos muros, da la impresión de que siempre vivió ensimismada y un tanto orgullosa de su recogimiento milenario de introvertida. Pocas, por no decir ninguna, son las casas que se asoman al filo de las barranqueras... que abren balcones o grandes ventanas en las paredes abiertas al desplome (del alcor)... toda la edificación vuelve la espalda a los panoramas de la vega o al sesgo de perfil costero de los alcores... Carmona tiene una recia personalidad histórica desentendida de sus contornos latifundistas, es como una fortaleza que ha vivido durante siglos autónoma, con sus pozos, graneros y artesanías”.

REQUENA BARRERA, José María. “De espaldas al campo”. Revista *Carmona y su Virgen de Gracia*. Carmona. 1977.

LA VEGA.

Como tan sabiamente ha expresado Jorge Maier, “el paisaje de los Alcores habla el lenguaje de la romántica voluptuosidad frente a la serena y cambiante belleza de la Vega.”

17. La Vega, a diferencia del Alcor, es un tapiz multicolor. Sobre tierras de texturas y colores diversos se disponen los diferentes cultivos formando mosaicos más o menos extensos:

“Desde aquí no es dado contemplar el espacio con los ojos de un pájaro. A la izquierda el horizonte por el que resucita el sol cada día y, desplegado a nuestros pies, el gran damero de sembradíos, un enorme tapiz formado por grandes polígonos que siguen el esquema cuadrangular de las reparticiones ro-

▼
La Vega.



manas y cuyas texturas aterciopeladas cambian al ritmo de las estaciones y la luz fluctuante, desde el verde tierno y traslúcido cuando el trigo nace como un bozo precoz, hasta la ondulación leonada de las mieses antes de la siega. Amarillo intenso de los girasoles ordenados en filas marciales, oro milenario del hispido rastrojo, matices de la tierra oscura como arcilla calcinada, albariza, barro parduzco...”

CALVO LAULA, Antonio y FERNÁNDEZ LACOMBA, Juan. “Introducción”. En *Carmona, Ciudad y monumentos*. S & C Ediciones. Carmona. Sevilla. 1993.

Estos mosaicos cultivados de la Vega, donde apenas se conservan las arboledas, se entrelazan por las líneas rectas o irregulares de los caminos, veredas y cursos fluviales:

“En el plano, los quiebros de las líneas del padrón, el zigzag de los caminos y veredas, los surcos herbosos de los arroyos y gavias...”

CALVO LAULA, Antonio y FERNÁNDEZ LACOMBA, Juan. “Introducción”. En *Carmona, Ciudad y monumentos*. S & C Ediciones. Carmona. Sevilla. 1993.

18. No obstante, hasta el siglo XIX alternaban en la Vega los campos de cereal con frondosos olivares que hicieron famosa a Carmona por la calidad de su aceite. Así era vista por los ojos de un escritor clásico del siglo XVII:

*“ Y así, (Carmona) en hombros de montes levantada,
presides al gran llano,
que enriquece de espigas el verano.
¡ Cuánto mejor es tu vega
que la que, en varias flores deleitosa,
Darro baña con oro y Genil riega !
¡ Cuánto te debe Palas belicosa,
de olivos siempre verdes !
¡ Cuánto licor sagrado
pródiga, en aras de Dionisio pierdes !”*

CARO, Rodrigo. “Silva a la villa de Carmona”. 1617. Revista *Carmona y su Virgen de Gracia*. Carmona. 1976.

19. Otro rasgo de la Vega es su semejanza a un mar de secano. En primer lugar por su extrema planitud, en la que sólo destacan dos cerros que no superan los 60 metros de altura:

“La magnífica vega que cubre los campos de trigo, que en primavera forman un mar sin límites, verde como la esperanza, y en el estío un mar dorado como la abundancia.”

CABALLERO, Fernán. *La Estrella de Vandalia*. 1857. En *Obras Completas*. Librería Antonio Mauriños. Madrid. 1924.

“Su verde y ondulada superficie da la sensación de un mar tranquilo, si no fuese por sus numerosos cortijos y ranchos.»

GÓMEZ, Salomón. “El Mirador de Andalucía”. Periódico *La Voz de Carmona*. Número 23. Carmona. 10 de mayo de 1923.

19.1. Un segundo aspecto que le hace parecida a las superficies marinas es su carácter casi desértico. Estamos hablando de la Vega actualmente menos poblada de la provincia sevillana:

“La vega es esa mancha parda, huérfana de caserío como un mar...”

HALCÓN, Manuel. “Mairena y su vega”. En *Narraciones*. Imprenta Rivadeneyra. Madrid. 1959.

“La vega es la visión del espacio como vacío, una sensación mullida que todo el mundo identifica, ya de una manera tóptica, con el mar”

CALVO LAULA, Antonio y FERNÁNDEZ LACOMBA, Juan. “Introducción”. En *Carmona, Ciudad y monumentos*. S & C Ediciones. Carmona. Sevilla. 1993.

Sin embargo, esto no siempre fue así. El arqueólogo Jorge Bonsor (*Les colonies agricoles pré-romains de la Vallée du Bétis*. Ernest Leroux, éditeur. Paris. 1899) averiguó que en tiempos romanos existía una gran multitud de granjas en la Vega, que llegaban allí donde hubiera un pozo, un manantial o un pequeño arroyo. Más tarde, bajo la dominación árabe, éstos sólo poblaron un reducido número de haciendas y cortijos, de los que se ha heredado el modelo habitacional actual.

▼
Antigua escena de siega.



Asimismo, la mecanización del campo ha borrado la estampa clásica y cambiante de los campesinos cultivando la tierra que todavía pudo contemplar Jorge Bonsor; bien realizando labores de preparación y siembra, con decenas de yuntas de bueyes esparcidas por toda la Vega; bien en la etapa de cosecha, con cientos de hoces segando el trigo.

19.2. Un tercer punto por el que podemos decir que la Vega es como un “mar de secano” es por ese continuo ir y venir de los campesinos a ella, para extraer los frutos que da. Sobre todo, en tiempo de cosechas:

“La vega es el mar en el que esos hombres que salen a la mañana a la labranza echan sus redes para extraer todo cuanto sus entrañas inagotables ofrecen durante el año...”

HALCÓN, Manuel. “Mairena y su vega”. En *Narraciones*. Imprenta Rivadeneyra. Madrid. 1959.

“Por las faldas amarillas de la cuesta subía la calentura agosteña de la vega, mitad promesa de trigo todavía, mitad rastrojo dolorido y como de uñas, durante el concierto a tijeretazos de las chicharras panzudas. Duro y enemigo recibimiento del pueblo era la pendiente aquella para el oro de la mina plana; cargas de oro de los carros,oros que el pueblo había visto pasar, durante siglos, desde la tierra hasta los graneros, y camino, después, de la estación, rumbo a lejanas y fabulosas cuentas corrientes de quienes no posarían en su vida los surcos de la propia riqueza”

REQUENA BARRERA, José María. *La cuesta y otros cuentos*. Caja Rural Provincial de Sevilla. Sevilla. 1980.

20. El horizonte sin fin de la Vega, a diferencia de otros paisajes andaluces recogidos sobre sí mismos, parece llamar a los habitantes de la comarca al alejamiento:

“La Vega... secano extrañamente falto de arboleda, anchura que, por llana, se nos muestra como convertida toda ella en tentadora facilidad para el alejamiento... el mirar a los lejos nunca nos embarca.»

REQUENA BARRERA, José María. “Alrededores”. Revista *Carmona y su Virgen de Gracia*. Carmona. 1993.

21. Como en el mar, el tiempo discurre lentamente en la Vega. En los cortijos se suceden las mismas escenas vegetales, animales y humanas, siguiendo inexorables el ciclo anual de los cultivos cerealistas:

“de un simple grano de trigo brota el tallo, y el tallo crece y crece hasta enseñarle al aire esa maravilla que es la espiga, cualquiera de los millones de espigas que abarcas con la mirada desde el cerro...”

REQUENA BARRERA, José María. *Etapa fin de sueño*. Castillejo Narrativa. Sevilla. 1993.

“La vida en el cortijo se deslizaba con la rasura de un día igual a otro... Los bueyes se sucedían en el tinahón con la rapidez prodigiosa de las generaciones agotadas por el cuchillo de la conveniencia y por la mano asesina del matarife; bueyes negros, cárdenos, retintos, hijos, nietos y biznietos de los bueyes primitivos, la misma cornamenta, la misma cola, el mismo mirar... Todo lo mismo un año y otro”

FERNÁNDEZ ALVAREZ, Salvador. *Prosas de vega y marismas*. Edición del autor. Sevilla. 1947.

22. Al viajero que atraviesa en coche a gran velocidad estas tierras, le pasa desapercibida la variedad de su vida silvestre, de seres pequeños o diminutos que viven escondidos gran parte del día:

“Aquel campesino sabía de las matas y hendiduras donde los pájaros terreros anidaban, del filo de los padrones preferidos por las liebres para encamarse, de las pitas secas en su penacho y jugosas en su raíz, donde los caracoles se escondían en verano, y el sitio por donde el arroyo cortado dejaba resbalar como un tesoro sus gotas de agua...”

FERNÁNDEZ ALVAREZ, Salvador. *Prosas de vega y marismas*. Edición del autor. Sevilla. 1947.

▼
Cortijo de la Vega.



23. Hace cinco siglos el paisaje era bien distinto. Los montes comunales y baldíos, desamortizados en el siglo XVIII, poseían arboledas y dehesas más o menos extensas. Incluso, se realizaban batidas con perros y hurones para capturar lobos. Hoy día se sigue practicando la caza menor, de conejos y liebres. El protagonista por excelencia de las cacerías en las campiñas andaluzas como ésta es, sin lugar a dudas, el galgo:

*“Mancha bermeja bajo el cardo seco,
Bola de seda entre los prietos surcos,
Ojos abiertos que avizoran trémulos
La campiña silente y desolada:
Tímida liebre...”*

*Ya vienen, ya se acercan carleando
Los podencos aviesos y aulladores,
De pelo crespo y lobuna oreja,
Con sus colas en ristre, azotadoras
De la mañana.*

*Y la galga verdina y pinturera
De agudo hocico y piernas de gimnasta,
Olfatea displicente y distraída
La pradera amarilla, y sus orejas
Flácidas yergue...”*

*Como nacida de la tierra, brota
Rubia la liebre -ballesta disparada-
Zigzagueante ruta dibujando
En mitad de los canos y caballos
Súbitamente...”*

VILLALÓN, Fernando. “Tierra”. En *Romances del 800*. Imprenta Sur. Málaga. 1927.

24. El rutinario cultivo cerealista es consecuencia de la pobreza de los ríos y arroyos que atraviesan la Vega. Aunque en siglos anteriores se proyectaron planes de riego que traían el agua de lejos, éstos no han llegado a prosperar. Por todo ello, es sumamente extraña la visión inusual de la Vega inundada, cuando con ocasión de las grandes lluvias se desbordan los cauces fluviales que la atraviesan:

“La vega era llana, valiente, de cosechas abundantes, un poco baja, decían los labradores con pesadumbre cada vez que las nubes abrían su paraguas de lluvia, teniendo la visita del río cercano, pero el río era comprensivo y reparaba el destrozo de un año, dejando en prenda, para cosechas futuras, la fortaleza de su abono...”

FERNÁNDEZ ALVAREZ, Salvador. *Prosas de vega y marismas*. Edición del autor. Sevilla. 1947.

“Nada más lejano de la inquietud y sonoridad perpetua del mar que estas inmóviles y calladas zonas de tierra en las que el vuelo de una mariposa es todo un episodio, y el disparo lejano de un cazador todo un escándalo... El agua, para estas llanadas secas, es una esencia extraña con la que Dios pulveriza alguna vez su faz y que luego se guarda avaramente entre las paredes sombrías del aljibe... Pero, de pronto, por una revelación brutal y trágica, el buen cortijo ha salido de su vieja ignorancia. Un mar -un mar que se permite hasta el lujo de rizarse con olas- se ha improvisado, de golpe, en sus llanuras. Ha llovido tercamente, con una insistencia de castigo bíblico, durante varios días y noches, y el Guadalquivir se ha entrado, de pronto, en el cortijo... Se respira “el asombro del agua”, el asombro de un elemento desconocido y nuevo, venido, como un dios, desde un olimpo lejano... Al fin, poco a poco, el dios intruso se va retirando a su olimpo. Un sol nuevo, tímido y anaranjado, ha empezado a descubrir en el pobre cortijo las mieses perdidas, lacias y mojadas, como las lanas de un perro recién bañado. Todo el cortijo amanece triste y lloroso. Se ve que está lleno de una nueva y dolorosa experiencia que le ha hecho envejecer...”

PEMÁN, José María. “El cortijo arriado”. En *Obras de José María Pemán. Volumen 16*. Grandes firmas Edibesa. Madrid. 1998.

25. El alcoreño ha querido siempre civilizar su vega edificando haciendas rodeadas de pequeños jardines y huertas, que rompan la monotonía de las tierras de cultivo, desnudas de árboles:

“Tendría yo unos doce o trece años la primera vez que fui a la Hacienda. Recuerdo bien como era el caserío antes de que mi padre lo transformase.

En la explanada donde después habrían de levantarse las marquesinas y los bancos de azulejo, los grandes macetones, los arriates, los dos jardines y la palmera que presidió mis últimos años niños, no existía más que una tierra reseca y polvorienta, soliviantada por los cascotes de las yuntas que a la hora de la calor se marchaban hacia la besana.

De la explanada partía un larguísimo paseo de eucaliptos que se perdía en el olivar y servía de empalizada o valla a uno de los costados de la huerta...

Y me gustaba volver despacio, mirando aquel verde techo de copas entrelazadas, casi bóveda gótica, oyendo bajo mis pies el crujido de las largas y amarillentas hojas de eucaliptos, mientras aspiraba largamente el hondo perfume de azahar que venía de los naranjos de la huerta.

Todo se transformó rápidamente; aquella visión árida duró poco tiempo. Las casuarinas que bordeaban la explanada parecieron cobrar nueva vida cuando los rosales empezaron a trepar por sus troncos; las tierras secas y polvorientas fueron cubiertas con albero. Los azulejos verdes y blancos empezaron a brillar, se transplantaron árboles, surgieron jardines, y cuando mi padre, como un moderno dios con lentes y americana, dijo en medio de su génesis: “Hágase la luz”, bandadas de palomas cruzaron como una brisa blanca el verde intenso de aquel paraíso de mi niñez.”

MONTESINOS, Rafael. *Amor a Carmona*. Diputación de Sevilla. Sevilla. 1997.

26. Las huertas en la Vega son esporádicas manchas de verdor y humedad, donde se produce un fuerte contraste con las tierras de secano:

“La llanura, una vez atravesados los sequerales de la campiña, se alegraba con los verdores perfectamente alineados de los regadíos. Con frecuencia, divisabas a izquierda y derecha la densa frescura de alguna huerta pequeña, siempre a mediana altura, el recio rectángulo de la alberca, junto a la quietud herrumbrosa de la noria, sólo algunos ladridos poniendo vida verdadera en aquellos cortos puñados de vegetación silenciosa...”

REQUENA BARRERA, José María. *Etapas fin de sueño*. Castillejo Narrativa. Sevilla. 1993.

27. La Vega ha dado lugar a dos paisanajes o mundos antagónicos: el de los braceros y el de los hacendados.

Los hacendados y sus familias representan un mundo y una cultura peculiar, la de los negocios del campo, el señorío y el elegante mundo del caballo:

“Pertenece a esas distinguidas castas de la labranza en grande, de trigales a contar por cientos de hectáreas... tienen una cultura no estudiada que, en el mundo cereal de los labradores sevillanos, se muestra en el señorío de los gestos, en la forma de ejercer la cortesía, en el culto de la cal y en la elección más apropiada y oportuna de las flores, así como en un saber dónde situar el dorado brochazo del albero, y, sobre todo, en esa especie de fervor religioso hacia sus excelentes monturas.”

REQUENA BARRERA, José María. *Los ojos del caballo*. Arquetipo Ediciones. Sevilla. 1991.

28. Los braceros, por su parte, suplían la falta de cultura “oficial” con su saber vital o “popular”. Sus instintos estaban menos domesticados, eran gente de sangre caliente, como la tierra que los rodeaba:

“nacieron y viven en el campo, machos a todas horas poseídos por la calentura de la tierra, la vigorosa calentura que endereza la espiga y el espárrago triguero, la savia que endurece el amargor de la aceituna gordal y el alcaucil y la piel áspera y pecosa del melón.”

REQUENA BARRERA, José María. *Los ojos del caballo*. Arquetipo Ediciones. Sevilla. 1991.

Para el bracero ha sido el mulo, con su dura fuerza, el animal con el que más y mejor ha convivido; era el que lo transportaba a los tajos y ayudaba en las faenas del campo:

“Lo nuestro es el mulo, esa especie de caballo torpe y humillado, buen amigo de los pobres del campo, fuerza trabajado-

ra callada y lenta, que nunca se escapará de la penuria, siempre ahí, tan cerca de nosotros. Sobre todo el mulo más mulo, el mulo burrero, cría de caballo y burra, mejor, más trabajador y más todo, porque se parece al pueblo, claro está, puesto que el orgullo del caballo estuvo encima de la pelandruzca y deslucida burra resignada.”

REQUENA BARRERA, José María. *Los ojos del caballo*. Arquetipo Ediciones. Sevilla. 1991.

29. Una de las imágenes de la Vega, más repetida en la literatura local hasta hace pocas décadas, fue la de los gañanes y las yeguas trillando las mieses en las eras que rodeaban cada cortijo. Impresionaba su imperturbabilidad mientras toda la Campiña, tostada con el verano, despedía fuego al aire:

*“Bello círculo que antaño
tenían todos los cortijos
donde era separada
de la paja el trigo...
Cuando me subía en el trillo
Esencia de azahar me parecía
El olor de la paja y el trigo
Tractores, máquinas, cosechadoras,
Todos acabaron contigo...”*

MADUEÑO GARCÍA, Luis. “A la era y el trillo”. *Revista Virgen de Gracia*. 1980.

*“Siempre igual la campiña... los trigos
con la misma color de oro viejo
siempre el sol ardiente
siempre azul el cielo
y las yeguas girando, girando,
con el mismo trotar soñoliento,
alrededor del gañán, que parece
como un árbol plantado de siempre
en el mismo lugar... taciturno
monótono... quieto...”*

PERMÁN, José María. “La copla en la era”. Periódico *La voz de Carmona*. Número 37. Carmona. 16 de agosto de 1923.

30. Recogidas las cosechas, era habitual la quema de rastrojos, a la manera de un rito funerario que aseguraba que el campo volvería a producir al año siguiente:

“La quema de rastrojos había empezado en Trigosaltos,... todo el campo era chamusquina, una misa de difuntos por la cosecha, luto riguroso por la vida...”

REQUENA BARRERA, José María. *La cuesta y otros cuentos*. Caja Rural Provincial de Sevilla. Sevilla. 1980.

31. Hoy día, con la mecanización de las faenas agrarias, el paisanaje típico de la Vega, ese mundo antagónico de hacendados y braceros, ha ido siendo sustituido por el imperio temporal de las máquinas; sobre todo, en los momentos álgidos de las cosechas, dotando a este paisaje de un aspecto moderno y tecnificado pero, quizás, más deshumanizado que antaño:

“El campo es un campo de sobrecogedora soledad, campo deshabitado ya sin sus mortificadas gañanías, afortunadamente derrumbados los muros nunca blancos de las casillas de los aceituneros, campo tan sólo recorrido por el moscardoneo de los tractores y el poderío mecánico de las cosechadoras, pero que, antes y después de las cosechas, sigue siendo uno de los labrantíos más tristes y solitarios del mundo.”

REQUENA BARRERA, José María. *Los ojos del caballo*. Arquetipo Ediciones. Sevilla. 1991.

